



APORTES PARA EL SINODO

LUGARES. *Los vínculos que conforman la unidad de la Iglesia*

Concepto. Una comunidad fraterna es una comunidad compuesta por hermanos y hermanas que se sienten familia, hijos e hijas del mismo Padre. Desde el evangelio sabemos que este único Padre es el Padre Celestial, el Creador de todo lo existente, el Padre de Jesucristo nuestro Salvador, el que sostiene la vida de cada creyente y que lo fue invitando a ser parte de una determinada comunidad. Ante la grave situación de falta de líderes en la sociedad, o incluso, de la desfiguración de la idea de padre, muchos cristianos confunden al Padre Celestial con el sacerdote, a quien normalmente llamamos afectuosamente de “padre”. A su vez, este lugar en el cual colocamos al sacerdote llamándolo de padre, lo confunde a sí mismo en varios sentidos: por un lado, en lo que respecta a sus responsabilidades ya que puede verse en la obligación de estar totalmente dispuesto al servicio de la comunidad, descuidando muchas veces dimensiones centrales de su vocación (oración, formación, vida fraterna, etc); por otro lado, muchos se confunden asumiendo un lugar de superioridad ante el resto de la comunidad de fieles, sea por errónea comprensión (desde la formación) de las implicancias del orden sacerdotal, sea por ese sentimiento de “poderlo todo” en nombre de Dios. Así, el sacerdote no promueve siempre una relación sana, igualitaria, con sus fieles generando varias consecuencias a la interna de esa comunidad (celos, envidias, divisiones, competencias, etc).

Una comunidad cristiana madura y sinodal, es una comunidad que valora a cada miembro de la misma manera, desde la sacristana, los de la pastoral social, el sacerdote y el obispo, sin hacer diferencias en el trato. La madurez en los vínculos es fundamental en la construcción de la comunidad, para que exista entre ellos un verdadero amor cristiano, que coloque la necesidad del otro ante la propia, las necesidades de la comunidad, ante que las personales. Una comunidad unida es aquella donde todos se reúnen a celebrar los misterios de la fe bajo la mirada misericordiosa del mismo Padre que nos ama a todos de la misma manera. Cada miembro de la comunidad trae a ella las experiencias personales de relaciones de toda clase (familiares, de pareja, de amistad, laborales, etc.) por lo que se debe explicar para tenerlo claro, que la comunidad no es un “tapa agujeros” de lo que nos falta, sino que es una nueva forma de vincularnos. Es más, la comunidad es una nueva familia en donde todos somos corresponsables de todos, donde hay que cuidar a los que más lo necesitan, como darle lugar a los más pequeños (normalmente vistos como molestos). En esa comunidad, se podrán ejercer la fraternidad espiritual, como también

se encontrarán “madres y padres” espirituales, pero que exige una formación en la madurez humana, psicológica y espiritual para no generar confusiones. También, los vínculos serán maduros y sanadores, cuando se acepte con normalidad, que vamos generando más cercanía con unos y con otros no.

Aplicación. En la sociedad actual, sufrimos de una gran inmadurez en lo que refiere a los vínculos sociales. El egocentrismo, la dependencia y la victimización, son algunas de las características como fruto de la falta de madurez en la relación con Dios y con los demás. Se hace urgente una formación en lo que refiere a los vínculos humanos. Muchos de los conceptos de madurez humana, relaciones sociales, laborales, de amistad, de noviazgos, etc., están totalmente desvirtuados. En esto han colaborado las redes sociales que generan unos vínculos donde la mayoría de las personas falsean su personalidad, con tal de adecuarse a las exigencias vinculares impuestas. Es posible generar talleres de madurez humano-espiritual que colabore mejorar los vínculos de todos los miembros de la comunidad.

Para qué. Para tener una comunidad madura, con relaciones vinculares sanas, que impulse agentes promotores de acciones de paz y concordia. Esto redundará en una comunidad que aprende a caminar juntos/as bajo la mirada del Padre, y como miembro de una misma Iglesia que reconoce la importancia de cada uno/a. El autoconocimiento y el reconocimiento del otro, es un paso fundamental para el respeto y el trato cordial entre los miembros de la comunidad.